

La soledad

Aún hoy me pregunto cómo un ciego como yo pudo verla. Me refiero al Ver con mayúscula, al Ver con el corazón y con el alma.

Me quedaban justo quince minutos para llegar al banco. Mi desorden mental se había trasladado al dinero: los cheques sin fondos, los pagos pendientes, las amenazas de embargo, los intereses, el límite sobrepasado y el saldo en rojo eran todos ingredientes de un cocktail a punto de explotar. Llevaba unos billetes de cien, para demostrar buena voluntad y retrasar —una vez más— la cancelación de mi cuenta, la denuncia por incumplidor, el juicio y, como secuela, la imposibilidad de volver a entrar a un banco.

No se veía ni un taxi, por lo tanto decidí subir al primer autobús que pasara. Llegó uno vacío; era una señal, llegaría a tiempo. Justo antes de subir, la presentí. De pronto, allí estaba ella, como si hubiera estado siempre, mirándome como si me conociera. No habló, pero de todas formas entendí: quería que la ayudara a subir. Lo hice de mala gana... la vieja me haría perder por lo menos un minuto, quizá más. Apenas se sostenía, así es que para ganar tiempo la

levanté en brazos —era liviana como una pluma— y la subí al autobús. Me lo agradeció con una sonrisa que parecía más un abrazo que una formalidad. En alguna parte de mí —muy en el fondo— me conmovió, sentí su sinceridad y le devolví la sonrisa con cordialidad. Luego me puso una moneda en la mano. Fui tan estúpido que pensé que me estaba dando una propina; la vieja se dio cuenta y me hizo un gesto con la mano. Sintiéndome un tonto, pagué y le llevé el cambio. Ella me había guardado un asiento a su lado. ¿Qué pecado había cometido ahora? Odio hablar con desconocidos. Sólo por la educación que me dieron mis padres no huí y me senté, casi rezando para que no abriera la boca.

Confieso que sentí un poco de curiosidad: tan diminuta, tan arrugada, y andando sola por una ciudad enorme. ¿Qué hacía sola una vieja milenaria en medio de un calor sofocante? Y, además, se la veía tan contenta. ¿Por qué? Sonreía, me miraba y volvía a sonreír. «¿No ve que no hay ningún motivo para estar contento? ¡Acaso no ve que estoy en la ruina, que el banco me cierra, que no llego, que casi no me quedan clientes, que sólo tengo problemas, que no hay nada en el mundo de qué alegrarse!», pensé. Y ella seguía sonriendo y con su mirada parecía decirme: «No se preocupe tanto, ya verá que no es importante». Y yo, mudo, le contestaba: «¿Qué sabrás tú, vieja, qué es lo importante? Yo sí sé qué es lo importante: que el chofer se dé prisa y yo pueda llegar».

¡CRASH!

Choque.

Listo, no llegaría al banco.

Por un momento el mundo se desplomó, todo se caía. La cuenta corriente, los cheques, mi ex socio, mi mujer. Todos vendrían tras de mí, y me amenazarían y me empujarían hasta tirarme de un acantilado, y ahí viajaba yo, en una caída eterna y fatal, sin posibilidad de frenar nada, esperando simplemente que algo, aunque fuera mi propia muerte, detuviera la angustia del eterno vacío.

Una mano —¿era una mano?—, apenas un calor, un peso livianísimo, su mano en mi hombro y su cara llena de sangre. No gritaba, no se quejaba, sólo me miraba. Le grité al chofer que pidiera ayuda, pero ya se había bajado del autobús y estaba a punto de pelearse con el conductor del auto; la gente miraba, alguno se puso de pie y se fue, nadie nos ofreció ayuda. La pedí a gritos y sólo encontré miradas evasivas. En silencio, indignado, cargué a la viejita y la llevé a un hospital público a dos calles de allí. Después de una larga espera nos atendió un médico que me dijo que debía hacerle varias pruebas. Fueron horas... de *me voy o no me voy*. Finalmente, el doctor volvió a salir y me dijo que la dejaría en observación, podía haber daño cerebral. Luego me preguntó si yo era su hijo. La pregunta me asustó porque parecía la antesala de algo grave y yo no tenía nada que hacer allí. Ante mi respuesta negativa el médico simplemente me ordenó:

—Busque a algún pariente.

—Mire, yo no tengo nada que ver, sólo...

El médico se fue sin decir más.

«¡Me voy! —pensé en el acto—. Yo no tengo nada que hacer aquí.» Sin embargo, me sentía como ese grupo de egoístas que huyeron del autobús. No me pude ir.

Entré en la habitación donde estaban la viejita y cerca de treinta enfermos más. Se escuchaban quejidos, como susurros dirigidos a nadie: no había ninguna visita ni un médico a quien mostrarle el dolor. Allí estaba, con los ojitos abiertos y aún alegres; le habían limpiado la sangre, aunque se le veía la nariz quebrada y quizás algo más. Le sangraba la boca. Me reconoció, buscó mi mano, sentí sus huesitos frágiles y tibios.

—Dígame, abuela, ¿tiene algún pariente a quien pueda llamar?

—A Josh.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

Con un esfuerzo inmenso levantó su mano y la fue acercando, ante mi mirada vigilante y desconfiada, hasta llegar a mi corazón.

—Ahí.

Luego se desmayó.



Estaba tan llena de rabia que la mano se le transformó en una garra felina y con toda su fuerza le lanzó un zarpazo que casi le dejó la cara surcada de rojo. El indio era veloz; alcanzó a apartar la cara, aunque no

lo fue suficiente: las uñas se le enterraron profundas en la carne del pecho. Ella sintió el frío de la escaracha roja en los dedos y luego las gotas derretidas de sangre chorreándole mano abajo. Quedó sin palabras, como si el mundo hubiera enmudecido, sin ningún ruido salvo su propia consternación: había arañado hielo. En un instante eterno vio cómo su amor se marchitaría a su lado, porque él jamás podría amarla y había una simple y única razón: el indio tenía el corazón de témpano.

Finalmente, el silencio se hizo grito parido por las entrañas de la india, y como trueno, recorrió toda la Tierra del Fuego aterrando el alma de cada ser. Ella, *la más Bonita* de las onas, escapó de la tienda del indio con las manos llenas de sangre y los ojos en lágrimas, mientras en su corazón se alojaba el vacío de un amor que no podía ser correspondido. Lloró y lloró. Acudieron a ella todas las mujeres del clan y apenas hubo contado su descubrimiento, las mujeres conjuraron al viento que esparció el rumor de un nuevo nombre para el indio. Sería Joshiken Doul, *Corazón de Invierno*. El viento siguió soplando y a quien acariciaba le desprendía toda memoria del nombre que hasta ese momento había llevado él... Joshiken Doul.

Buscó refugio en el calor de su padre. Pero nada calmó a *la más Bonita*, que siguió llorando hasta convertir el suelo de la tienda en un charco de barro salado. Tanto lloró que después de unas horas debió mudar de lugar, pues a su alrededor todo se había convertido en fango.

Joshiken Doul se quedó en el mismo sitio, sin comprender qué había sucedido. Él tenía perfecto derecho a rechazar a quien quisiera, y los problemas de la india sólo eran asuntos de la india. De todas maneras, ahora él también tenía su propio problema: su pecho sangraba hielo, hielo rojo. Se tanteó el zarpazo una y otra vez; se tocaba con incomprensión, con incredulidad, se sentía víctima de algún hechizo. No le dolía. Nunca le habían dolido las heridas. Era fuerte como el viento de la montaña y astuto como el zorro, era el mejor de los mejores cazadores y todos debían admirarlo.

Esa bravura también era motivo del enamoramiento de *la más Bonita*... También la mirada lejana y solitaria del indio la enternecía hasta lo más recóndito de su ser. Ella sentía la profundidad de la tristeza y la melancolía alojadas en el interior de ese indio engreído... estaba segura de que ella se colaría dentro de los pasajes de su alma y lograría llegar a su corazón para ablandarlo, acariciarlo, domarlo y hacerlo feliz. Sabía, sí, que habría batallas perdidas, porque si buscaba el amor perfecto sólo encontraría la frustración. Pero la dureza de Joshiken Doul no conocía la piedad. Las palabras de Joshiken se convirtieron en un cuchillo afiladísimo que se clavó en el corazón de *la más Bonita*, dejándolo vivo... latiendo lágrimas.

Y ahora todos en el clan, hartos del desprecio y los maltratos que habían recibido de él, lo evitaban, huían de él y le escupían en la cara su nuevo nombre: Joshiken Doul. «Desgraciados —pensaba el indio—,

sólo por una mujer... y por mi sangre helada.» El indio ya no recibía la admiración que merecía, un mísero puño de hielo lo separaba de su clan. Salió de su tienda y no encontró a nadie dispuesto a intercambiar ni una palabra: debía transformar su corazón de hielo en uno de sangre, así todo volvería a ser como antes. Por primera vez padecía el rechazo y el vacío. Sintió miedo y lo escondió, incluso de sí mismo.

Tomó su arco, sus flechas y su shorren, una bolsa hecha con hígado de guanaco. Dentro puso la grasa, los hongos, pasto seco y puntas de flecha, todo lo necesario para cazar y encender el fuego. Acompañado de *Huash*, su perro, salió del campamento sin conocer su destino.



—Tiene un TCE, ya se lo comuniqué a la señora.

—¿Y qué es un TCE?

—Un traumatismo cráneo-encefálico. Además, el golpe le provocó una hemorragia interna grave, ¿entiende?

—No.

—La esperanza de vida en estos casos es de tres meses.

—¿Ella lo sabe?

—Vaya con ella, querrá verlo.

Así era el doctor Holmberg, joven y desapegado. Confieso que no me cayó bien.

Cayla llevaba internada una semana. Durante ese tiempo busqué desesperadamente algún pariente. Revisé todos los bolsillos de su ropa una y otra vez, siempre con el mismo resultado: unas pocas monedas. Las contaba una y otra vez, ¿qué sé yo para qué? Quizá para ver si entre moneda y moneda aparecía algún papelito perdido que no hubiera visto antes, algo que me permitiera salir de ese enredo. Ya tenía demasiado lío con el juicio de mi socio, el descalabro del estudio, las deudas y mi propia salud como para tener que ocuparme de esto también. Nada, no había ni un teléfono, ni una dirección, ni una foto: me tuve que dar por vencido. Habría que sonsacarle el dato a la viejita, pero se empeñaba en decirme que yo era ese tipo de nombre extraño y que ella era una tal Cayla. Eso fue lo único que logré saber. Cayla, un nombre rarísimo. Decía también que era ona, ¿una india? ¿Qué me importaba a mí? Yo sólo quería sacármela de encima. ¿Sería verdad que era india? ¿O sólo fantasías...? Me era difícil saberlo. Más para mí, que a partir de los setenta años, todas las mujeres me parecían más o menos iguales.

Entré en la habitación. Estaba despierta y con la mirada tranquila, un poco ida.

—¿Habló con el médico?

—Sí, Josh, ya me habló.

—¿Y qué le dijo?

—Que me voy a morir.

Guardé silencio, no sabía qué decir, simplemente no quería estar allí. Me dio pena... se había quedado

muda, como sin creer lo que le estaba pasando. El silencio se hizo espeso. Recordé que el doctor me había dicho que tendría que pagar los gastos, así que ésa era una manera de romper el silencio y tal vez también de dar con algún pariente.

—No se preocupe, don, de alguna manera se va a arreglar —me respondió.

—¿Cómo que no me preocupe? Hay que pagar todo esto, señora.

—Don, se ve que para usted el dinero es muy importante. No para mí.

—Mire que alguien tiene que pagar...

—Quizá.

—¿Cómo quizá? Si no, la echarán de aquí.

—Quizá.

—¿No le importa?

—Sí, pero no puedo hacer nada, ¿para qué me voy a preocupar?

—Mire que los milagros no existen.

—Usted debe tener mucha plata...

—No, ni sueñe con que yo pueda pagar algo.

—Entonces, ¿por qué le importa tanto la plata?

—¿Cómo que por qué? El dinero es absolutamente necesario .

—¿Ah, sí? ¿Para qué?

—Por favor. ¡¡¡Para todo!!!

—Yo viví toda mi vida sin una moneda.

—Yo no podría vivir sin dinero.

—La plata no hace feliz.

—¡Pero no sabe cómo ayuda!

—La plata es como el viento cuando mueve las hojas.

—¿Qué?

—Cuando salíamos a cazar guanacos, había que escuchar y mirar con mucho, mucho cuidado, sobre todo había que mirar a las hojas. A los guanacos se los ve cuando mueven las hojas. Pero el viento también las mueve. Y uno cree que ya tiene qué comer y no hay más que viento. Así es su dinero, don.

—Mire que los autos, las casas, los trajes italianos, los buenos vinos, no están hechos de viento.

—¿No?

Jamás nos pondríamos de acuerdo. De todas formas, antes de salir del hospital fui a preguntar por los gastos de Cayla. No era mucho, pero a mí no me sobraba el dinero.



El mar es un gran maestro. Enseña a sus hijos a desafiar cada ola de la vida, a resistirla, a seguir en pie y a prepararse para la próxima. El mar habla, sin embargo sólo aprenden los que escuchan con el corazón.

Sentado en la arena, Joshiken tomó su puñal plateado, hundió la punta en su pecho y sacó hielo rojo. No le dolió, de modo que siguió; quería tantear hasta dónde llegaba el hielo, para saber cuánto debía sacar. Continuó hasta que se topó con el corazón: allí estaba, más duro que una piedra. Intentó atravesar-

lo, pero en ese instante, como si el dolor hubiera despertado después de una vida de sueño, sintió toda la profundidad de su carne atravesada por el puñal. El dolor se hizo infinito, le recorrió el cuerpo entero y el cuchillo salió expulsado de su mano tan lejos que desapareció. Ni las ráfagas de viento helado que recorren las orillas del mar pudieron acallar el alarido. Luego, Joshiken Doul, exhausto, se desmayó.



No supo cuánto tiempo había pasado, había dormido quizá un día entero. Se palpó el pecho y sintió la herida abierta. Durante un rato largo se quedó quieto, pensando; luego se levantó y se puso a juntar hierbas secas, ramas y troncos. Sacó de su shorren las piedras de fuego y un pedazo de hongo seco; golpeó una piedra contra la otra y, con la chispa, encendió el hongo. Acercó las hierbas secas al hongo y brotó una llama efímera, suficiente para encender unas ramitas: sopló y obtuvo la primera llama estable. Luego acercó unas ramas delgadas y, finalmente, unos leños gruesos: ya contaba con una buena fogata. Así como con el fuego se obtiene agua de la nieve, de la misma manera Joshiken derretiría su corazón, para que fuera de sangre, como el de todo el clan. Tomó una rama gruesa, sopló para apagar la llama y acercó la brasa a su pecho. No sentía nada, la acercó aún más, sin tocar la piel; siguió sin sentir nada. La acer-

có más, hasta rozar la herida; apenas percibió un calor lejano. Entonces Joshiken decidió arriesgarse y apoyó la brasa con fuerza sobre su pecho: un ardor incontenible se le hizo carne chamuscada. Soltó la brasa y buscó el mar para aliviar el dolor. Pero olvidó que era salado. Tan herido estaba su orgullo que contuvo el grito que aullaba por salir de la prisión de sus pulmones. Joshiken Doul comprobó que su corazón, a pesar de todo, sufría.

Deambuló dos días más por el estrecho del mar buscando al culpable de su mal; no vio a nadie. De todas maneras, sentía la presencia de alguien, una sombra quizá. Le gritó: nadie respondió. Sin embargo, en el silencio de la noche, casi podía sentir la respiración, incluso el palpar de un corazón. Ese ser misterioso tenía un corazón sano. Joshiken no durmió; pasó las noches muerto de miedo y preparado para atacar o ser atacado.

Allí estaba, solo y aterrado. Su orgullo le impedía volver al clan sin transformar su corazón de hielo. Tenía un problema y debía resolverlo, como tantas veces antes. Siempre había resuelto sus dificultades sin ayuda de nadie: no se daría por vencido ahora. Seguiría siendo el mejor de los mejores. Mostraría que también podía derrotar hechizos, volvería con el pecho en alto y recuperaría la admiración de todos. Sí, pero ¿cómo hacerlo? Recortó su shorren y, con unas cuerdas hechas de tendones de guanaco, se colgó un pedazo de piel en el pecho. Les diría que Timaukel, el dios del Cielo, le había curado su corazón

y que le había mandado cubrirse el pecho de esa manera. Nadie podría mirar y le creerían, ¿acaso Tirmaukel no cura cuando uno se lo pide?



A los dos días pasé cerca del hospital. Me pregunté: «¿Qué hago? ¿Sigo de largo como si aquí no pasara nada o entro a verla?» Entré... creo que no soporté que la pobre vieja estuviera tan sola; si uno está solo en un hospital, siente que nadie lo quiere y ya vivir o no vivir comienza a ser lo mismo. Unos meses antes yo había sufrido un desmayo. No parecía nada, pero a los pocos días me faltó el aire, como si estuviera a punto de asfixiarme, me mareé y caí desmayado, otra vez. Fui al médico, me hicieron un electrocardiograma, me conectaron a un monitor durante un día entero con unos polos eléctricos, otro día un «cateterismo», en fin, todas las pruebas posibles. «Fibrilación ventricular», casi una sentencia de muerte. Me llenaron de pastillas: Lanoxin por la mañana, Cardizem por la tarde, durante dos meses. No sirvió de nada; un viernes, después de una discusión muy agria, sentí otra vez que la muerte pasaba por mi puerta. Otro desmayo. «Marcapasos», fue el dictamen. La operación es sencilla, me dijeron, pero yo pensé que me iba. Soledad. Nunca me había sentido tan solo como cuando entré ese día al quirófano. Odié ese día. Quizá era eso, cuan-

do veía a Cayla, me acordaba de mi soledad y no soportaba que nadie pasara por lo mismo.



—¡Ah! Qué sorpresa, don.

Me alegró verla mejor. Ya no me confundía con ese tal Josh.

Cayla parecía radiante, de buen ánimo, aunque todavía varios tubos la conectaban a distintas máquinas.

—¿Sabe? —me dijo—. Es tan joven ese doctor, seguro que está equivocado. Ya lo estoy viendo decir que se confundió, que los exámenes son de otra persona, que por favor lo perdone. «No importa, ya lo sabía», le contestaré. Míreme, no más, ¿usted cree, don, que yo me voy a morir en tres meses? Si me siento mejor que nunca...

El doctor Holmberg no tenía ningún derecho a comunicar su diagnóstico de la manera cruel en que lo había hecho. Eso no significaba que fuera desde el punto de vista técnico un mal profesional, pero sin duda era una persona insensible. Y si bien a Cayla se la veía mejor, yo creía en el diagnóstico. Entonces, ¿qué decirle a la indiecita que no quería creerle? Tenía toda la libertad del mundo de creer que no se iba a morir... y, sin embargo, me molestaba que no quisiera ver la realidad. ¿Acaso no es mejor, siempre, ser conciente de la verdad...? Así y todo, no me atreví a contradecirla: